mata; otros pedían paz. Pero conociendo que era esta astucia para salvar la hacienda y la gente menuda y que llegase el socorro, se apretó el pelear. Murieron dos castellanos, porque se desmandaron con codicia de robar. Los indios dieron a los castellanos por las espaldas, por el lugar por donde habían entrado; pero volvió Cortés a ellos con algunos caballos y los rompió, aunque valerosamente aguardaban algunos mexicanos, con espadas y rodelas. Andando muy cansado el caballo de Cortés se echó, y a pie peleaba, rodeado de muchos enemigos que revolvieron con socorro que les vino. Llegó un tlaxcalteca a socorrerle con espada y rodela y dijo: no tengas miedo, que soy tlaxcalteca. Pelearon un rato; desembarazáronse de los enemigos y ayudóle a levantar el caballo, que estaba ya algo alentado; miró al indio, parecióle valiente y de buen cuerpo; acudieron castellanos y indios, que acabaron de romper los enemigos. Recogida la gente durmió en la ciudad, aunque con vigilancia. Otro día buscó Cortés al indio, que le socorrió, y muerto, ni vivo, no pareció; y Cortés, por la devoción que tenía de San Pedro, juzgó que él le había ayudado.

CAPÍTULO LXXXVIII. *Que el rey Quauhtemoc habla a la nobleza mexicana y van a cobrar a Xuchimilco; y lo que hizo Fernando Cortés, y capitanes que nombró*

LEGARON LAS NUEVAS A MEXICO, que Cortés había ganado a Xuchimilco, y el rey Quauhtemoc hizo un razonamiento a la nobleza de la ciudad, poniendo por delante el peligro en que se hallaban y el valor que convenía mostrar para resistir a los castellanos, en que harían gran servicio a sus dioses que estaban muy ofendidos de los ultrajes de los castellanos; en lo cual era necesario emplear de veras sus fuerzas y sus armas; y cuando aquéllas faltasen, dejar crecer las uñas para despedazar los enemigos, con los cuales se había de pelear hasta el último espíritu por la honra y seguridad de todos y que para esto se había de cobrar a Xuchimilco. Para lo cual, con gran diligencia, se embarcaron en dos mil canoas, más de doce mil hombres, por tierra eran sin cuento los que iban, sin levantar banderas, ni tocar sus músicas, por no ser sentidos. Fernando Cortés, avisado por sus espías, subió a reconocer los que venían en una torre; puso su gente en tres partes; íbanse los enemigos acercando por agua y tierra, todos a un tiempo. Llevaban muchas espadas, de las que en Mexico tomaron a los castellanos; braveaban y gritaban: Mexico, Mexico. Fernando Cortés mandó a quinientos tlaxcaltecas y veinte caballos que rompiesen por los enemigos y se subiesen a un cerro que estaba cerca y que volviesen a arremeter cuando se lo mandase. Ellos lo hicieron con mucha dicha y valor y acometiendo los castellanos por las otras partes, andando la batalla trabada, envió Cortés a dar aviso que los caballos y los tlaxcaltecas de el cerro tomasen las espaldas a los enemigos, con que quedaron

rotos; porque los caballos con grandísima presteza entraban y salían en los enemigos, matando y hiriendo muchos; pero en rompiendo un escuadrón volvía otro y de esta manera se peleó tres días y se ganaron algunas espadas castellanas. Y habiendo quemado el lugar, que era de muy buenos y grandes edificios, se fue siguiendo a los enemigos con gran porfía, hasta Coyohuacan, dos leguas de Xuchimilco. Por reconocer de la manera que se había de hacer la empresa de Mexico, entró en la calzada, ganando a los que la guardaban una trinchea; vio que corriendo legua y media, iba a dar en la ciudad y considerando el sitio y disposición de ella volvió a recoger su gente para dar vuelta por la ciudad de Tacuba para considerar adonde se podría poner en aquella parte alguna gente del ejército para sitiar a Mexico. Caminó aquellas dos leguas, alanceando indios que salían como pájaros de la laguna, a dar en los que llevaban el fardaje del ejército. Fue grande la soberbia de los enemigos viendo que, como pensaban, no se había detenido Cortés en Tacuba; y creyendo que lo hacía de miedo, acometían siempre al fardaje; pero como los caballos iban bien repartidos y la tierra era llana, aprovecháronse de los enemigos y mataron muchos, aunque tomaron vivos a dos mancebos, criados de Cortés, muy sueltos, que siempre le seguían a pie y los llevaron adonde nunca más se supo de ellos; y se creyó que los sacrificaron. Fue Cortés por algunas poblaciones, adonde no le faltaron reencuentros, demás de la multitud de mexicanos que siempre le seguía; contra lo cual hizo una emboscada y mató más de doscientos caballeros, cuyos despojos, que eran muy ricos, se llevaron los tlaxcaltecas. Llegó con la gente cansada y muy mojada, por las acequias que pasaban y por lo mucho que había llovido, a la ciudad de Quauhtitlan, que hallaron despoblada y sin alguna vitualla; estuvieron allí aquella noche con ruines lumbres, por estar la leña verde; y otro día, yendo su camino, salían los indios a gritarlos y mofar de ellos, porque los vían tan mojados y maltratados; pero enojándose los castellanos de la burla, salían a alancearlos con que se vengaban.

Pasó Fernando Cortés, volviendo a Tetzcuco, a Citlaltepec, hallóla despoblada, descansó en ella un día, adonde los mojados se acabaron de enjugar. Pasó a otra ciudad del señorío de Tetzcuco, dicha Aculman, adonde descansó; y de allí se fue a Tetzcuco, adonde le recibió el ejército sobre Mexico, con mucha alegría. Contó lo que había pasado, cómo había considerado lo que convenía para asentar el ejército sobre Mexico: empresa en que todos habían de trabajar, por vengar el afrentosa salida de aquella ciudad. Halló que como acontece a los vencedores, habían ido algunos castellanos de la Vera Cruz y embajadores de diversas ciudades y provincias, unos por miedo, otros por lo mal que querían a los mexicanos y deseo de vengarse de ellos, por la arrogancia con que trataban a sus sujetos; y hallándose con ejército poderoso, determinó de tomar muestra a los castellanos; halló nuevecientos infantes, ochenta y seis caballos; y entre la infantería ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros y los demás piqueros y rodeleros, con algunas cotas y armas de algodón; tres tiros de hierro gruesos, quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y mucha

pelotería. Acabó de guarnecer los bergantines; puso en cada uno una pieza y antes de partir con ellos hizo sondar, en su presencia, la laguna toda, que está entre esta ciudad de Mexico y la de Tetzcuco, para saber adonde había profundidad de agua u algún otro tropiezo, para que habiendo comenzado la guerra naval, tuviesen sabido lo que había en todo el trecho por donde había de navegar; y para hacer este negocio más convenientemente, mandó llevar todos los bergantines a una parte de la laguna (que está en los términos de Mexico, llamada Acachinanco) y él mismo fue con ellos y desde allí comenzó la sonda. Después de esta diligencia, hizo maese de campo a Christóbal de Olid, natural de Baeza; y por cabos a Pedro de Alvarado, que como se ha dicho, era de Badajoz; y a Gonzalo de Sandoval, natural de Medellín. Hizo capitanes a Jorge de Alvarado, hermano de Pedro de Alvarado; a Andrés de Tapia, natural de Medellín; a Pedro de Ircio, natural de Briones; Gutierre de Badajoz, natural de Ciudad Rodrigo; Andrés de Monjaraz, de Escalona; Fernando de Lerma, de Galicia. Fueron capitanes de los bergantines, Juan Rodríguez de Villa Fuerte, de Medellín; Juan Xaramillo de Salvatierra, de Extremadura; Francisco Verdugo de Arévalo, Francisco Rodríguez Magariño, de Mérida; Christóbal Flores, de Valencia; don Juan García Holguín, de Cáceres; Antonio de Caravajal, de Zamora; Pedro Barba, de Sevilla; Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos; Pedro de Briones, de Salamanca; Rodrigo Morejón de Lobera, de Medina del Campo; Antonio de Sotelo, de Zamora; Juan de Portillo, natural de Portillo. Dio a Sandoval y a Alvarado seis bergantines, de los cuales pusieron dos en la calzada que va del Tlatelulco a Tenayucan, como adelante se dirá. Elegidos los capitanes, mandó de nuevo publicar las ordenanzas que hizo para el buen gobierno, paz y conservación de su ejército, entre sí mismo y fortaleza y unión contra los enemigos. Habló en particular a los capitanes para que las guardasen; dio el gran ejemplo en guardarlas; y por haberse cumplido bien, se acabó presto la guerra; y queriendo entender cómo estaba la gente, para acudir en las necesidades, tocó un arma falsa y quedó contentísimo de ver, cómo todos acudieron bien a sus puestos. Fueron los de Cholulla a quejarse, que los de Topoyanco les usurpaban sus términos; y éstos decían lo mismo contra ellos. Envió a Alonso de Ojeda para que los concertase y que pasase a llamar a la gente de Tlaxcalla; con apercibimiento, que si no iban dentro de diez días, se haría la guerra sin ellos y perderían el mucho despojo que habían de ganar. Alonso de Ojeda concertó a los de Cholulla y Topoyanco, dejólos amigos, dijo, que ¿qué gente le podrían dar, para la guerra? Los de Topoyanco ofrecieron doce mil hombres y muchos más los de Cholulla. En Tlaxcalla habló a los señores de las cuatro cabeceras, respondiéronle bien: íbase apercibiendo la gente; y como no salía con la diligencia que Ojeda deseaba, con la que estaba a punto, se vino a dormir a Hueyotlipan, que serían cuatro mil hombres; y cuando amaneció, ya habían llegado treinta mil y a la noche más de sesenta mil y el día siguiente casi doscientos mil, todos contados por xiquipiles que es número de ocho mil y no como dice Herrera que son el cacao u almendras con que tienen su cuenta. Par-

tió Alonso de Ojeda de Hueyotlipan y vino a dormir a Calpulalpan y después llegó a Tetzcuco.

CAPÍTULO LXXXIX. *Que Fernando Cortés dividió el ejército en tres partes y se comenzó el sitio de Mexico*

ABÍA MANDADO FERNANDO CORTÉS que la gente de Cholulla y Huexotzinco fuese a Chalco, porque pensaba comenzar el cerco de Mexico por allí y sabiendo que los tlaxcaltecas se acercaban a Mexico, los salió a recibir con algunos de a caballo; abrazó a los señores, díjoles muy buenas palabras; mandólos aposentar; honrábalos mucho; holgábase con ver tanta y tan lucida gente; dijo que le daba Dios grandes muestras de lo mucho que le quería favorecer. Entraron en Tetzcuco dos días antes de la fiesta de Espíritu Santo y toda la gente tardó tres días en entrar según en sus *Memoriales* dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tetzcuco tan gran ciudad cabían en ella; venían galanes, bien armados, deseosos de pelear, como lo mostraron bien. Estando todo a punto, para comenzar la empresa, mandó Fernando Cortés llamar toda la gente castellana y a todos los señores tlaxcaltecas; y para que por las lenguas supiesen lo que había dicho, hizo una larga oración, encareciendo la calidad de la empresa, la honra que se ganaba en sujetar la mejor y mayor ciudad del mundo; y que dejado aparte el punto del servicio de Dios, que era el más importante, se ganaba gran gloria con la venganza de la afrenta recibida y dar a su príncipe dominio, cual hombres humanos nunca dieron a ningún rey. Dijo que ellos eran castellanos, nación belicosa y fortísima, que allí tenían muchos amigos y ejército de ellos, cual nunca romanos juntaron; que tenían trece bergantines para deshacer la multitud de canoas, que los enemigos tenían, para entrar por las calles de la ciudad y combatir su fortaleza; que tenían hecha provisión de comida para todo el ejército y prohibido que no entrase a los enemigos; y que pues con los bergantines eran señores de la laguna y con los caballos, de el campo y puestos en tierra firme para resistirse cuando quisiesen, considerasen la grandeza de la empresa que tenían entre manos, que nunca mucho, costó poco, ni ninguna fuerza se podía vencer, sino con otra y que dándoles Dios victoria, se enriquecerían y ennoblecerían sus linajes y descansarían; pues sujetada aquella ciudad, todo lo demás obedecería; lo cual no les decía para darles ánimo, que bien sabía que no lo había menester, sino para traerles a la memoria quiénes eran, y que lo que intentaban lo emprendiesen con alegría y contento, pues ya como hombres honrados, aquella guerra se emprendía por Dios y por sí mismos. Estuvieron un poco los más principales esperando a ver quién tomaba la mano para responder y adelantándose Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Ávila, le dijeron: que todo aquel ejército entendía que no convenía levantar pie de el cerco, hasta vencer o morir y que esto hacían de